NUNCA MAS

por Lewis Mahoney

"EL cuervo dijo: ´nunca más´"
Edgar Allan Poe

He visto caer a los hombres como muñecos de trapo bajo ráfagas de fusil; he contemplado los ojos vidriosos y la helada mueca final de los ahorcados; la sangre de la guillotina ha salpicado varias veces mi insana curiosidad. Un cuerpo que cae, una respiración que se rompe, e incluso el golpe seco, terrible, de la cabeza seccionada, son « espectáculos» que, al igual que ocurre con las representaciones teatrales, pueden ser presenciados con cierto distanciamiento, como si aquellas muertes, a fin de cuentas, no tuvieran nada que ver con nosotros. Esto ocurre porque en esa clase de ejecuciones conocemos el «guión» de antemano. Sabemos lo que va a pasar, conocemos los ritos establecidos, de la misma forma que el aficionado a las corridas de toros sabe por dilatada experiencia que en las diversas suertes existe muy poco margen para las sorpresas. Pero también he asistido a una ejecución en la cámara de gas, y puedo asegurar que por nada del mundo volvería a repetir la experiencia. ¡Nunca más! Porque fue ahí y sólo así, ante el cristal que nos separaba del condenado, donde contemplé el verdadero, el imprevisible, el espantoso rostro de la muerte.

Mi condición de escritor y ciertas influencias en las altas esferas me permitieron asistir el lunes, veintidós de octubre de 1979, al horror que desde entonces siembra mis noches de sobresaltos y pesadillas. Yo era uno de los catorce testigos que presenciaron la ejecución de J.B., convicto de asesinato, desde una habitación contigua.

«Es preferible que vayas en ayunas —me aconsejaron—, no se te ocurra tomar ni una taza de café». Pero yo tenías mis propias teorías y decidí que, aunque fueran las cuatro de la madrugada, era mejor atiborrarse con un buen desayuno. No era la primera vez que iba a ver morir a un ser humano. En anteriores ocasiones, la coartada gastronómica había dado muy buenos resultados, ya que la fisiología de la digestión siempre me ha producido el inestimable beneficio de adormecerme la conciencia. Me maldije por haberlo hecho en cuanto vi el rostro desafiante, tranquilo y lleno de desprecio del condenado, y supe que esta vez iba a ser muy diferente de las otras.

Nadie había logrado dormir esa noche en la prisión de Carson City. Escuché una cadena de murmullos ininteligibles, amenazadores, procedentes de las celdas, mientras caminaba, junto con los otros testigos, por los corredores salpicados de barrotes que conducían a la cámara de gas. Alguien gritó: «¡Asesinos!», y los ecos de ese grito resonaron largamente en mi cerebro como una inesperada acusación. Reconocí entonces, bien a mi pesar, que no era inocente, que mis manos

no estaban limpias, desde el momento en que me prestaba a representar el papel de testigo, y empecé a sentir vergüenza de mí mismo. ¿Qué diferencia había, en realidad, entre el ejecutor y el testigo de un acto tan execrable como quitar la vida fríamente, legalmente, a un ser humano? Confieso que nunca me había planteado estos problemas. Tal vez porque nunca tuve ocasión de estar físicamente tan cerca de las víctimas. La ejecución estaba empezando a tomar matices sumamente desagradables, incluso antes de que comenzara.

Pero fue, como digo, al ver el rostro del condenado, cuando supe que una oscura sobra iba a entenebrecer mi vida durante mucho tiempo. Paradójicamente, ver en la cara de un semejante que va a morir las señales del terror resulta reconfortante. Porque el miedo de la víctima nos facilita la justificación de lo injustificable. Es como si de alguna forma reconociéramos en ese terror a morir la consecuencia lógica de un justificado sentimiento de culpabilidad por parta de la víctima, y se nos hace entonces evidente el cómodo axioma de que «quien haya hecho algo malo debe pagarlo», aunque sea al monstruoso precio de la propia vida. Pero había algo en el rostro de J. B. que no encajaba en el juego. Y ese algo era, sencillamente, que no mostraba miedo.

Conocía las facciones duras, angulosas, la frialdad de los ojos azules de J. B., por haberlas visto decenas de veces en los periódicos, en ocasión de su sonado proceso. Pero desconocía que un rostro presentado por el sistema como «típico de maleante» pudiera ser capaz de tan inimaginable serenidad ante la hora final. Reconocía entonces que J. B. no era «esencialmente otro» que yo, sino que navegaba como yo mismo en la corriente de la vida, con todas sus contradicciones, y que la distinción maniquea entre «buenos» y «malos» no era sino una mentira estúpida. J. B. sabía que la mejor manera de hacernos daño era no mostrar miedo alguno, y estaba cumpliendo su cometido con la mayor perfección.

Entró en la cámara de gas con una sonrisa. Iba sin zapatos, con calcetines blancos y vistiendo un sencillo pijama azul. Antes de sentarse por última vez en su vida nos miró a todos, uno por uno. Nos miró directamente a los ojos y, como si pudiera adivinar nuestros pensamientos, como si se hubiera convertido en la imagen de un espejo, compuso un gesto adecuado al estado de ánimo de cada cual, irónicamente. De esta forma consiguió que, al menos en lo que a mí respecta, nos sintiéramos dentro y no fuera de la cámara. Eso me provocó las primeras náuseas.

Pero J. B. no había perdido su sonrisa. Podría decirse que se disponía, cuando fue obligado a sentarse, a ver un divertido programa de televisión. Su último espectáculo éramos nosotros mismos, los testigos, y al parecer no estaba dispuesto a perdérselo. Y entonces fue cuando tuvo su primer gesto increíble. Sin abandonar su sonrisa, sin manifestar la menor compasión por sí mismo, levantó su puño izquierdo con el pulgar hacia arriba, y luego giró la muñeca haciendo que el pulgar se colocara en sentido inverso. Era el mismo gesto con el que los césares, desde el estrado del coliseo , condenaban a muerte a los gladiadores. La ambigüedad del gesto me produjo un insoportable escalofrío. No estaba claro si con él nos condenaba a nosotros o aceptaba, soberanamente, su propia condenación. En cualquier caso, la propia muerte parecía seguir

importándole muy poco. La lentitud del proceso mortal, característica de las ejecuciones en la cámara de gas, nos iba a permitir conocer si esa indiferencia era real o fingida, si J. B. sería capaz de aguantar el tipo hasta el final.

Unos simples correajes en las muñecas y en los tobillos le sujetaron a la silla metálica. Los dos guardianes encargados de realizar la operación, hombres fornidos con el rostro cubierto por una especie de mascarilla negra, de seda, no encontraron dificultad alguna en su trabajo. Mientras le sujetaban las muñecas estuve atento a las manos de J. B., pero no pude advertir en ellas el más mínimo temblor.

El rostro de J. B., sin abandonar la sonrisa, comenzó a palidecer en cuanto los guardianes se marcharon, cerrando tras de sí la puerta de la cámara de gas con un golpe sádico, anormalmente más fuerte de lo que fuera necesario. Siguió un lento compás de espera que J. B. aprovechó para volvernos a mirar intensamente, hasta el fondo de los ojos. Era una mirada demasiado humana para soportarla, y la mayoría de los testigos volvió la cabeza. Yo la aguanté un buen rato, creyendo ilusoriamente que al hacerlo podría infundirle valor. Pero cuando advirtió mis compasivas intenciones, sus ojos me inundaron de un orgulloso desprecio, y tuve que volver la cabeza como todos, con la vergüenza aflorando en mis mejillas, teniendo que reconocer que no era mejor que los demás testigos. En ese momento hubiera deseado marcharme, no sólo porque sabía que el verdadero horror iba a comenzar entonces, sino también, sencillamente, porque no podía soportarme a mí mismo.

Lo más digno hubiera sido precisamente eso: levantarme de la butaca y testimoniar con esa huida mi disconformidad ante aquella macabra farsa, y estoy seguro de que no fui el único testigo que experimentó este sentimiento. Pero tuve que reconocer la existencia de otro infinitamente más fuerte, el de la morbosa, la insana curiosidad de ver morir a un hombre. Un sentimiento horrible si se quiere, pero sin duda más apasionante que ninguno.

Sabía cómo iba a funcionar el hipócrita mecanismo. Tres funcionarios de la prisión, desde un lugar que permanecía oculto tanto a las miradas de los testigos como a la del condenado, pulsarían otros tantos botones, aunque sólo uno de ellos accionaría en realidad el dispositivo. Así, nadie sabría nunca quién fue el verdadero verdugo, y de esta forma el sentimiento de culpa se diluía hasta alcanzarnos a todos nosotros. El mecanismo estaba concebido de tal manera que, al ser accionado, dejaba caer varias pastillas de cianuro potásico en un recipiente con ácido sulfúrico, colocado justamente delante de las narices de J. B.

Vimos con toda claridad cómo caían siete gruesas pastillas blancas dentro del recipiente, vimos que el ácido iniciaba una furiosa ebullición y que un humo blanquecino, denso, comenzaba a desprenderse en el interior de la cámara. J. B. dio entonces un extraño alarido, mitad de terror y de satisfacción, y comenzó a inhalar rápidamente, sin duda creyendo que con ello podría acortar los terribles momentos del final. Pero la cámara de gas no está concebida para una muerte rápida. La cámara de gas es una cámara de tortura que hace sufrir indeciblemente, prolongando al máximo la agonía del condenado, y permitiendo que el espectador experimente la sádica satisfacción de seguir con toda

minuciosidad las ominosas fases de esa agonía. Quien imaginó esta tortura estaba pensando en acabar con la integridad física de la víctima, pero sobre todo con su integridad moral, socavando lentamente su condición de ser humano hasta reducirlo al estado de bestias.

Probablemente, J. B. intuía esta realidad, ya ello se debía que desde el primer momento hubiera adoptado esa actitud orgullosamente digna y despreciativa que nos había sobrecogido. Y, por lo que pudimos ver, estaba dispuesto a seguir manteniendo tal postura hasta donde le fuera posible.

Tenía los ojos excesivamente abiertos, casi desorbitados, y comenzó a resollar, dando muestras de una insufrible angustia fisiológica. Pero sus ojos conservaban, en toda su integridad, el brillo de su altivez. El gas proseguía lentamente su insidiosa labor, y no tardamos en ver su rostro cada vez más rojizo, como si la sangre quisiera escapársele de las venas. Volvió a gritar de nuevo varias veces, pero ahora eran puros alaridos desesperados, probablemente proferidos de una manera refleja, orgánica, aún en contra de su propia voluntad. Y hasta ese momento, su espantosa lucidez no le había abandonado ni un sólo segundo.

Sin embargo, la acción del gas tuvo para J. B. algunos instantes de clemencia, ya que en varias ocasiones vimos que su cabeza se caía, durante unos momentos de obnubilación, para levantarse de nuevo, despertada por el imperativo horror de lo que le estaba sucediendo. Le vimos contraerse con tanta fuerza que consiguió soltar la correa de su mano derecha. Confieso que sentí un pánico cerval pensando en la improbable posibilidad de que lograra desasirse del todo, romper el cristal con furia y abalanzarse sobre todos nosotros. ¿Qué hubiera sucedido entonces? Probablemente, lo hubiera rematado a tiros allí mismo, como a una bestia. No fue eso lo que ocurrió, sino que al comprobarse que había roto la correa, un nuevo montón de pastillas, tal vez quince o veinte, cayeron sobre el ácido.

Era una precaución tan inútil como excesiva, ya que J. B., pese a la extraordinaria robustez de su naturaleza, estaba entrando en franca agonía. Su mano libre, mostrando una horrorosa crispación, manoteaba inútilmente, como queriendo espantar, en un último esfuerzo, al fantasma de la muerte. Por las comisuras de sus labios comenzó a desprenderse la saliva, y una lengua enorme, cárdena, seca, asomó hasta quedar apoyada en el labio inferior. Por los ojos enrojecidos, entreabiertos, comenzaron a manar abundantes lágrimas. Y aunque no podíamos oírle, porque su voz era ya muy débil, entendimos por los acompasados movimientos de su rostro que estaba sollozando.

A mi lado, uno de los testigos perdió el conocimiento. Otro tamborileaba nerviosamente con los dedos en los brazos de su butaca, y casi todos estábamos pálidos, deseando que el macabro espectáculo terminara cuanto antes. Pero también advertí un rostro sonrosado, sonriente, de ojos duros como cristales, cuya inequívoca sonrisa mostraba bien a las claras la naturaleza de su profunda satisfacción. Me compadecí de aquel pobre sujeto mucho más que del propio J. B. quien, conforme a la promesa hecha días antes, había tratado al menos de «morir como un hombre».

Pero, ¿cómo muere un hombre? Un hombre muere como un cerdo,

como un perro o como cualquier otro animal. No hay dignidad posible en una muerte violenta porque el organismo, cuando está rebosante de vida, se niega desesperada, absolutamente, a dejar de existir, y muestra su disconformidad ante los verdugos con mil signos adversos y escalofriantes: el temblor de las manos, la contracción del cuerpo, el grito angustiado, la inútil furia de la desesperación. Y eran precisamente esos signos lo que congregaban a las multitudes, cuando las ejecuciones se realizaban en la plaza pública.

Semejantes reflexiones me embargaban el ánimo cuando creía que ya no quedaba nada por ver. Pero la cámara de gas es una caja de sorpresas macabras. Todos creíamos que J. B. había entrado ya en las últimas. Pero entonces le vimos abrir los ojos, mientras respiraba a un ritmo alocado, y levantar el puño derecho hacia donde estábamos, como si quisiera descargar en nosotros sus últimas fuerzas. Y volví a escuchar de sus labios convulsionados, a pesar del obstáculo que constituía el grueso cristal, el mismo grito con que fuimos recibidos al encontrar en la prisión de Carson City:

—¡Asesinos!

Luego cayó desplomado, con la barbilla hundida en el pecho y sus pantalones se humedecieron más y más hasta que las gotas de orín llegaron al suelo. Había muerto.

Entonces vomité. Como vomito nuevamente cada vez que lo recuerdo…